

FRANCISCO ENTRE LOS LOBOS

TEZONTLE

MARCO POLITI

FRANCISCO ENTRE LOS LOBOS

El secreto de una revolución



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en italiano, 2014
Primera edición en español, 2015

Politi, Marco

Francisco entre los lobos : el secreto de una revolución. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica,
2015.

340 p. ; 21x14 cm. - (Tezontle)

Traducido por: María Julia De Ruschi
ISBN 978-987-719-083-0

1. Cristianismo. I. De Ruschi, María Julia, trad. II. Título
CDD 230

Diseño de tapa: Lía Martini

Imagen de tapa: Giulio Napolitano / Shutterstock.com

Título original: *Francesco tra i lupi. Il segreto di una rivoluzione*

ISBN de la edición original: 978-88-581-1079-9

© 2014, Laterza & Figli. Todos los derechos reservados.

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-083-0

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Prólogo</i>	15
I. <i>El olor de las ovejas</i>	17
II. <i>El miedo de Francisco</i>	31
III. <i>El golpe de Estado de Benedicto XVI</i>	45
IV. <i>Los secretos del cónclave antiitaliano</i>	61
V. <i>El fin de la Iglesia imperial</i>	81
VI. <i>Cara de párroco</i>	103
VII. <i>Caminar con quien no cree</i>	121
VIII. <i>Las párrocas escondidas</i>	135
IX. <i>Muerte frente al Vaticano</i>	155
X. <i>La autocrítica de un papa</i>	171
XI. <i>El programa de la revolución</i>	185
XII. <i>San Pedro no tenía un banco</i>	201
XIII. <i>Los enemigos de Francisco</i>	229
XIV. <i>La guerra de los cardenales</i>	251
XV. <i>La cuestión italiana</i>	271
XVI. <i>Un papado con un término</i>	291
<i>Índice de nombres</i>	333

A Riccardo

El cardenal no entra en una corte.
Evitemos las intrigas, habladurías,
camarillas, favoritismos.

FRANCISCO

Agradecimientos

AGRADEZCO en especial a los colegas que me han permitido penetrar mejor en la realidad argentina de la que surgió Jorge Mario Bergoglio: E. Piqué, M. de Vedia, M. Varela, J. M. Poirier, G. Valente, P. Loriga y C. Martini Grimaldi me han orientado bien.

Ha sido invaluable la colaboración de M. Rust.

H. Fitzwilliam hizo aportes esclarecedores. En Roma siempre pude contar con la amistad de S. Izzo y de I. Scaramuzzi, el único en intuir con un día de anticipación la elección del nuevo papa.

Ha sido constante la asistencia de A. Szula, S. Garpol y P. Trico.

En el momento de la elección de Francisco se desataron polémicas en relación con el papel que desempeñó el futuro pontífice durante la represión en Argentina. Al respecto resulta indispensable la lectura de *La lista de Bergoglio* de Nello Scavo.

Prólogo

CUENTA la leyenda que san Francisco, cuando se encontró con el lobo, le predicó con dulzura. Conquistada por sus palabras, la bestia feroz inclinó la cabeza y lo siguió, mansa y obediente.

Los adversarios del papa Francisco, en cambio, no deponen las armas. Muchos son los obstáculos que el pontífice argentino encuentra todavía en la curia romana y en las jerarquías católicas de todo el mundo. Por inercia, porque se niegan a abandonar los hábitos del pasado, por apego a esquemas doctrinarios rígidos.

Gran parte del mundo católico, pero también muchos laicos, no quisieron reconocer entre los años 2005 y 2007 el callejón sin salida al que habían llevado a la Iglesia las repetidas crisis que tuvieron lugar durante el gobierno de Benedicto XVI. El refinado intelectual y teólogo, que París recuerda por su espléndido discurso en el Collège des Bernardins, no era solo incapaz por temperamento de dominar el liderazgo de una comunidad de 1.200 millones de fieles: en esos años se puso en evidencia la crisis radical de un papado concebido todavía como un poder absoluto. Y la crisis de una Iglesia que señala con el dedo.

Joseph Ratzinger había intuido, antes de ser elegido, que el catolicismo ya no podía gobernarse como una monarquía, pero —como en tantos otros casos— no tuvo el coraje de innovar.

Ya en el tercer año de su pontificado, el papa Francisco continúa recorriendo con determinación la vía de una reforma que apunta a una profunda remodelación de las estructuras del catolicismo romano, el estilo de vida de sus instituciones y la aproximación de la Iglesia al mundo contemporáneo. Se lo puede llamar revolución, una continuación del gran cambio producido por el Concilio Vaticano II.

Jorge Mario Bergoglio ara y siembra con la paciencia del jesuita y la madurez de un sacerdote y obispo que —absolutamente el primero entre todos los pontífices romanos— tiene la experiencia de haber vivido en una megalópolis como Buenos Aires, crisol de nacionalidades, condiciones sociales, religiones y corrientes de pensamiento muy disímiles. En este sentido no proviene en absoluto del “fin del mundo”. Por el contrario, ha vivido y trabajado en el corazón de la globalización y de sus problemas.

El pontífice argentino es consciente de haber puesto en marcha una empresa que supera el término de su pontificado. La cuestión no lo inquieta. Un cardenal, miembro de su consejo de la corona, afirma que Francisco escucha mucho pero da la impresión de “tener bien claro su proyecto en la cabeza”.

Su objetivo es involucrar a los obispos, al clero y a los fieles en el proyecto de cambio. No obstante, reformar la Iglesia católica es difícil y aún más cambiar los seculares mecanismos de poder de la curia romana. Los opositores son tenaces y entre bambalinas su agresividad se traduce en una creciente campaña de desautorización del papa. Su esperanza es que su pontificado termine pronto.

Al cerrar el sínodo de los obispos celebrando la misa por la beatificación de Pablo VI —el papa que llevó a buen puerto el Concilio—, Francisco aludió a los fariseos que “se plantean problemas de conciencia, sobre todo cuando se ponen en juego sus conveniencias, sus riquezas, su prestigio, su poder y su fama”.

Y subrayó que esto es algo que ha sucedido siempre.

I. El olor de las ovejas

JORGE MARIO BERGOGLIO desciende por las escaleras de la estación Bolívar, a dos pasos de la Catedral, y se sumerge en las entrañas de la línea E con destino a Plaza de los Virreyes. El tren se acerca lentamente con ruido a hierros viejos, los vagones cubiertos de grafitis. El arzobispo encuentra un lugar libre cerca de la salida y se sienta con una expresión seria, un poco melancólica, su expresión habitual. Nadie lo reconoce con su *clergyman* negro; no aparece con frecuencia en la televisión y evita las recepciones oficiales. El Gran Buenos Aires tiene 13 millones de habitantes, el centro urbano casi tres.

Hace calor en medio de la multitud oscilante que se hacina en el vagón. Alrededor de Jorge está quien rumia sus pensamientos, quien mira fijamente las paredes del túnel donde se alternan las luces de neón, quien, somnoliento, bambolea la cabeza, quien fija en el vacío una mirada resignada. Alguien —a pesar de su juventud— tiene en los ojos una expresión dura, feroz. Jorge está rodeado de madres con niños bien arrebujados, viejos de pie que el tren zarandea, muchos jóvenes que manipulan celulares.

En cada parada una sacudida y el chirrido ensordecedor de los frenos. Cuarenta minutos de metro en esa mezcla de razas, orígenes e historias que es Buenos Aires. Hijos y descendientes

de españoles, italianos, rusos, chinos, sudafricanos, alemanes, franceses, nativos de América Central, inmigrantes sudamericanos de todas las nacionalidades. En los vagones se cruzan una clase media atenta al presupuesto familiar, jóvenes que sobreviven con una ocupación cualquiera y masas al borde de la indigencia.

El arzobispo Jorge Mario Bergoglio no utiliza auto ni chofer. También ha rechazado la elegante residencia arzobispal, y prefiere dos habitaciones en un tercer piso de la curia diocesana. El arzobispo sabe manejar; cuando era superior provincial de los jesuitas —en la década de 1970, en la época de la dictadura de Videla—, en más de una ocasión acompañó en auto a perseguidos políticos en busca de refugio o una vía de escape. Ahora no usa el auto. Desde que fue nombrado arzobispo auxiliar en 1992 y luego primado de Argentina, se sumerge en el flujo cotidiano de la gente en los medios de transporte públicos. Metro o *colectivo*,* el autobús urbano. Incluso puede llegar a suceder que una mujer sentada a su lado, al ver su hábito negro, le pregunte: “*Padrecito, ¿me confiesa?*”. “Sí, claro” es la respuesta. Una vez en un colectivo una fiel devota no dejaba de contarle sus pecados, hasta que él la interrumpió cortésmente: “Bueno, dos paradas más y me bajo”.¹

Plaza de los Virreyes, 35 escalones que tiene que subir con sus pies planos y su pierna dolorida. En lo alto de la escalera hay una virgencita de Fátima, adornada con flores frescas. Ahora Jorge se encuentra bajo un gran tinglado. Allí la atmósfera es sofocante en verano, fría y húmeda en invierno. Pacientemente todos esperan el Premetro, un destartalado trencito que se interna en los suburbios. No existe un prelado de la curia en el Vaticano, ni un cardenal presidente de una conferencia episco-

* En adelante, los términos que aparecen en español en el libro original están indicados con itálicas. [N. de la T.]

¹ Mariano de Vedia, *Francisco. El Papa del pueblo*, Buenos Aires, Planeta, 2013.

pal, ni un obispo de una de las tantas naciones en las cuales se ha establecido la Iglesia católica que esté acostumbrado a esta rutina exasperante.

Todavía dos paradas más y llega a la Villa Ramón Carrillo. Se llaman *villas miseria* los asentamientos instalados en condiciones precarias, o más púdicamente, *villas de emergencia*. En la estación, las vías están cubiertas de papeles y envases tirados a la buena de Dios. A pocos pasos empieza la barriada. Edificaciones ilegales dejadas a medio construir o ampliadas por sucesivos agregados. A pocos metros se interrumpe la calle asfaltada y se entra en tierra de nadie, caminos de barro y arroyuelos perpetuos con olor a cloaca. Allí se acaba la ley. Algún grupo de casas, más prolijas, embellecidas con macetas con flores en las ventanas, nos recuerda los suburbios pasolinianos. Más frecuente es el panorama de una urbanización primitiva e indiscriminada, en la que domina la sensación de que nos encontramos en un espacio más allá de todos los parámetros. "Aquí el Estado no existe", dicen los curas del lugar, a pesar de que en la Villa Ramón Carrillo hay una escuela primaria y una sala de primeros auxilios.

A menudo las parroquias se ubican en los límites de los asentamientos, casi como para conservar una puerta de salida hacia la ciudad "normal". En las orillas de otra barriada, la Villa 21, hay incluso un puesto de guardia presidido por jóvenes con el uniforme color caqui de la Prefectura Naval. Muchachones altos con chalecos antibalas. Paradójicamente su presencia acentúa la sensación de inseguridad. Muchos taxistas no quieren entrar en las villas. "Roban, asaltan" son las palabras que pasan de boca en boca. Pedro Baya, el párroco de la Virgen Inmaculada en la Villa Ramón Carrillo, no lo niega: "En ocasiones sentí las balas silbando a mi lado", afirma con calma.

Jorge, porque así llaman los sacerdotes a su arzobispo, visita el barrio, todas las parroquias del barrio, año tras año. Varias

veces por año. Para las fiestas patronales, para la procesión de Nuestra Señora, para un retiro espiritual, con motivo de alguna ocasión especial, para la reunión anual de los sacerdotes o de los docentes de las escuelas católicas de la zona. Participa de las procesiones, se detiene a hablar con la gente, en gran parte inmigrantes de Paraguay, Bolivia, Perú y del interior de Argentina. Está tan lejos de la imagen tradicional de un arzobispo-autoridad que al verlo por primera vez los fieles de la comunidad peruana se sintieron mal porque, relata el párroco Pedro, “no llegó en una limusina y acompañado de fanfarrias”.²

Bergoglio conoce uno a uno a los sacerdotes de su diócesis. Desde el comienzo de su tarea como arzobispo apuntala y refuerza la presencia de los sacerdotes en las villas. Las parroquias allí tienen dos o tres años. Cuando llegó para conducir la diócesis, eran 11; ahora son 23. Para ellos cuenta con una línea telefónica directa. Los sigue de cerca, los escucha, los ayuda y los asiste en los momentos de crisis personales. Acompaña, no juzga. Sabe que sus sacerdotes —como lo atestigua el padre Pepe Di Paola, durante años su vicario para los asentamientos— tienen confianza en él, se confían a él como no lo harían con otros obispos, le cuentan con sinceridad lo que viven y a menudo lo visitan en la Catedral, “no por obligación, sino para escuchar sus palabras espirituales”.³

Antes eran los sacerdotes quienes iban a la curia a ver al arzobispo, ahora es el arzobispo quien los va a ver a ellos. En esto radica la diferencia. Bergoglio, como dicen los sacerdotes, está “cerca”. Sean cuales sean los problemas o “el” problema. El momento en que un sacerdote enfrenta la encrucijada de su vida y se pregunta si vale la pena vivir su amor con una mujer

² Padre Pedro Baya, diálogo con el autor.

³ Padre José María Di Paola, diálogo con el autor.

de cara al mundo. En Buenos Aires circula la historia de un sacerdote que visita a Jorge y le confiesa su decisión de unirse a una compañera. De acuerdo, le responde el arzobispo, prepararemos los papeles para que abandones el estado clerical: "Pero espera un par de años antes de tener niños". Pasados dos años, la relación se deshace, el exsacerdote regresa y confiesa haber entendido que su verdadera vocación es el sacerdocio. De acuerdo, le responde el arzobispo. Iniciaremos los procedimientos para la readmisión: "Pero primero vive como laico en castidad durante cinco años". Hoy aseguran que es uno de los sacerdotes más estimados de la capital.

Jorge conoce las calles polvorientas de las barriadas, los árboles raquíticos, las miradas de los habitantes tanto afectuosas y alegres como desconfiadas y herméticas. Conoce las calles llenas de baches donde estacionan autos fuera de circulación, reparados mil veces. Reconoce a los niños que juegan junto a riachos, a una madre que espulga a su hija mientras los perros vagabundos deambulan perezosamente. Cada tanto un cuchitril con la ventana protegida con barrotes ostenta un cartel pretencioso: "Bebidas, helados, pan, detergente". Más allá, sobre una puerta cerrada, una mano ha trazado la palabra "Internet".

Jorge conoce las rejas que cubren obsesivamente puertas y ventanas, las galerías e incluso el minúsculo vestíbulo del verdulero. En la Villa Ramón Carrillo incluso la hornacina con la imagen de san Cayetano, patrono del pan y del trabajo, está cubierta por una red de metal tan tupida que la imagen casi no se ve. Lo mismo ocurre en las demás villas. Jorge está acostumbrado a ese sucederse desordenado de casas mal construidas, en las cuales, sobre un primer piso revocado, se ha edificado un segundo hecho de ladrillos, y encima un tercero. Balcones improvisados, habitaciones sin terminar y sin techo que por un año o dos quedan a cielo abierto y sirven de terraza para colgar la ropa.

Bidones, pedazos de hierro, esqueletos de mesas y camas tirados en las calles. Más allá de un paso elevado se apiña una barriada aún más precaria llamada Villa Esperanza. Pasillos estrechos donde apenas pasa una persona. Sobre una celda de cemento se destaca un cartel: “Se vende”.

Durante siglos, en Buenos Aires el arzobispo siempre ha representado al “poder”. Simbólicamente la Plaza de Mayo reúne los poderes de la capital de la nación: la Casa Rosada (sede del gobierno nacional), la Catedral, el Palacio Municipal, el Ministerio de Economía. “Bergoglio —señala el padre Di Paola— nunca ha mirado la realidad desde la perspectiva de la Plaza de Mayo, sino desde los lugares del dolor, de la miseria, de la pobreza. Desde abajo, desde una villa o un hospital.”

Jorge les inculca a sus sacerdotes la idea de que no deben comportarse como funcionarios, sino ocuparse de las conciencias partiendo de su situación concreta, ejercitando “mucho misericordia en el confesionario”, facilitando el acceso a los sacramentos, “dando de inmediato las cosas de Dios a quien las pide”.⁴ Y dándolas gratis, porque el sacerdote no es el propietario de las cosas de Dios, sino su intermediario. Los sacerdotes lo saben, Jorge es duro con quien vuelve pesadas las relaciones con los fieles en base a reglas, obstáculos y burocracia eclesiástica.

Personalmente el arzobispo, que se confunde en la ciudad con un sacerdote cualquiera, está convencido de que el vínculo con los pobres constituye una riqueza espiritual y que entre ellos se puede encontrar una autenticidad y una sensibilidad particulares frente a Dios. La opción por los pobres —sancionada por las grandes asambleas episcopales latinoamericanas de los últimos cincuenta años, es decir, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida— para él es fundamental. No por razones ideológicas,

⁴ Padre Baya, diálogo con el autor.

sino por motivos profundamente religiosos. Ser pastores con “olor a oveja” es su fórmula.⁵ Esta idea no lo abandonará nunca a lo largo de su vida.

Jorge sabe que las villas son también un mundo violento, donde la brutalidad parece suspendida en el aire a pesar de la calma aparente de las mujeres sentadas frente a sus puertas, a los hombres repantigados en sillas bebiendo y charlando, a los niños que en Navidad —cuando en Buenos Aires es verano— chapotean alegres en pequeñas tinas de plástico. Jorge lo sabe bien, pero no se retrae, no tiene miedo.

En la Villa Ramón Carrillo, a pocos pasos de la parroquia, el zaguán ennegrecido de una casa es señal de la expedición punitiva de la familia de un niño que murió por una bala perdida en un enfrentamiento entre bandas. En otras partes pasan cosas peores. Una familia burguesa de Buenos Aires adopta una niña de una villa y descubre a través de sus dibujos y con la ayuda de una psicóloga que la pequeña fue testigo de un aborto y del feto arrojado como alimento para los perros.⁶

El párroco Pedro Baya lleva grabado en la memoria un día en que estaba bautizando. Justamente mientras administraba el sacramento junto al altar, de improviso se detiene frente a la puerta del cobertizo de la iglesia un ladronzuelo perseguido. La persona a quien le había robado lo tenía aferrado y lo molía a golpes en la cabeza con la culata de su revólver. “El muchacho estaba de rodillas y gritaba y su perseguidor, en cierto momento, le apuntó tomando el revólver con las dos manos y gritando: ‘¡Te mato, te mato!’. Dejé al bebé y corrí aterrorizado a detenerlo.” El muchacho, con la cabeza ensangrentada, se salvó, al borde

⁵ Cristian Martini Grimaldi, *Ero Bergoglio, sono Francesco*, Venecia, Marsilio, 2013.

⁶ José María Poirier, director de la revista *Criterio* (Buenos Aires), diálogo con el autor.

de la muerte, y fue llevado al hospital. En el umbral de la iglesia quedó un gran charco de sangre. “Sangre infectada con sida –recuerda el párroco–, nos pusimos los guantes y empezamos a limpiar.”

Por esa puerta de hierro forjado, pintada de verde, Jorge ha pasado más de una vez. El párroco no tuvo el coraje de contarle lo sucedido. Pero el arzobispo ha escuchado tantas de estas historias, en lugares que conoce perfectamente. No es un mundo que descubre en los noticieros; conoce su olor, los rostros, forma parte de su vida.

Además de la violencia, la droga se ha arraigado en las villas. Los capos de la mafia viven en otra parte, en ambientes de lujo. Pero los peones del narcotráfico están aquí. Es el reino del *paco*, la droga de precio ínfimo –5 pesos o un poco más– que se obtiene de un derivado de la cocaína y que “te parte el cerebro”, dicen en Buenos Aires. Crea dependencia en muy poco tiempo y lo consumen sobre todo los más jóvenes. Muchachos de 13, 14 años, a veces menos. Los mismos que en un funeral abrazan afectuosamente al párroco, que siente bajo sus ropas el bulto duro de una pistola. Son adolescentes que para conseguir su dosis empiezan robando en sus propias casas y después, psicóticos, agreden al que pasa sea donde sea.

La droga es un problema básico, porque favorece la difusión de las armas entre los menores de edad. En 2009, los curas villeros intervinieron desafiantes en el debate nacional acerca de la despenalización de las drogas, con un duro documento de denuncia. Afirman que “en las villas existe una liberación y una despenalización de hecho”. El problema no son las villas miseria, explica el texto, sino el narcotráfico que las utiliza y se enriquece. El documento tuvo un gran impacto en la opinión pública. La reacción de los señores de la droga fue inmediata. “Desapareció o sos hombre muerto”, le grita al padre Pepe Di Paola un delin-

cuenta con la cara tapada que lo detiene en un callejón de la Villa 21 una noche de abril.⁷

El arzobispo no vacila y hace su denuncia y la reitera. Dos días más tarde, durante una misa celebrada en el pórtico de la Catedral, ataca públicamente a los “poderosos mercaderes de las tinieblas”, refiriéndose a las amenazas a su sacerdote. Pepe, de quien partió la iniciativa del documento, se siente protegido junto con los demás sacerdotes de la villa. “Prefiero morir yo antes de que te maten a vos”, le dice el arzobispo. Los narcotraficantes renuncian al asesinato, si bien poco después Pepe se verá obligado a irse de la Villa 21.

Jorge, descendiendo a las profundidades del metro o trepando a los colectivos con su portafolio negro en la mano, lleva consigo el recuerdo de todo. No es inconsciente, no es fatalista. Solo está convencido de que si quiere ejercer su función de “pastor que va detrás de sus ovejas”, no puede elegir los palacios, los autos, los chóferes y las escoltas. Es consciente de que los narcotraficantes no se detienen ante nada, ni siquiera ante los príncipes de la Iglesia. En 1993, el cardenal mexicano Juan Posadas Ocampo fue acribillado en el aeropuerto de Guadalajara en un ataque cuyos protagonistas fueron los despiadados sicarios del cártel de Tijuana. La investigación oficial etiquetó el asesinato de trágica fatalidad, como si el purpurado se hubiera encontrado en medio de los disparos cruzados de dos bandas rivales. A continuación salió a la luz el hecho de que funcionarios gubernamentales le habían advertido a Ocampo que mantuviera la boca cerrada y que no trascendiera la información con que contaba acerca de la connivencia entre narcotraficantes y políticos locales.

⁷ Elisabetta Piqué, *Francesco. Vita e rivoluzione*, Turín, Lindau, 2013 [orig. esp.: *Francisco. Vida y revolución*, Buenos Aires, El Ateneo, 2013].

También el arzobispo Bergoglio recibe advertencias. Algunos sindicalistas le hacen saber, en el curso de 2012, que debe estar atento porque hay grupos que le desean la muerte y que quizá sea mejor no andar por la ciudad sin escolta. “Nunca dejaré la calle”, fue su respuesta.⁸ Idéntica reacción tuvo cuando sus curas villeros le advirtieron que podían secuestrarlo.

Jorge experimentó las dos caras de los suburbios. Violencia desenfundada y profunda humanidad. Vio que en las aglomeraciones abusivas se encuentran personas simples, hambrientas de esperanza. Animadas por la solidaridad, imbuidas de una intensa devoción popular, felices a la hora de los festejos. Crear un comedor comunitario en una villa, sostuvo siempre el padre Pepe, es mucho más fácil que en un barrio acomodado. “Las mujeres cocinan, los hombres traen la materia prima, los jóvenes ayudan voluntariamente.” Entre las casas destartadas, eternamente a medio construir, donde el Estado es una abstracción y del registro civil se dirigen siempre a los sacerdotes para saber el domicilio de las personas, las parroquias son centros de asistencia y de promoción de la ciudadanía.

En la Villa 21, al mediodía, la gente se acerca para retirar un poco de comida: pan, algo para acompañarlo, alguna fruta, todo ya preparado en pequeñas bolsas. Toto de Vedia, el párroco que sucedió a Pepe, los recibe a todos en una minúscula pieza tapizada de fotos, recuerdos, avisos manuscritos. Dos celulares, un perpetuo mate —la bebida nacional aromática y amarga—, una agenda colmada de anotaciones. Es una procesión sin fin. La madre que viene por la merienda escolar de su hijo, la madre asustada porque su hijo se ha entregado a la droga y a la calle, la madre que busca un trabajo para su hija, el muchacho al que

⁸ Evangelina Himition, *Francesco. Il papa della gente*, Milán, Rizzoli, 2013 [orig. esp.: *Francisco. El papa de la gente*, Madrid, Aguilar, 2013].

hay que encontrarle una ocupación, la fiesta que hay que organizar en el centro de ancianos, las visitas a familias y enfermos, el aprovisionamiento de alimentos para situaciones de especial necesidad, la invitación a celebrar misa en el hospital psiquiátrico vecino, la construcción de una escuela en la villa, la mujer que necesita una silla de ruedas, las confesiones, más misas.

En la metrópolis que es Buenos Aires las villas, para las cuales el arzobispo ha instituido un vicariato exprofeso, no son barrios, son pequeñas ciudades. La Villa 21 tiene cuarenta mil habitantes, “60, 70 hectáreas –precisa Toto de Vedia– al margen del control de las instituciones”. Bajo los ojos del arzobispo han surgido en los asentamientos institutos para la finalización de la escuela secundaria, un centro para ancianos, centros anti-droga, centros de formación profesional. Se organizan actividades deportivas para sacar de la calle a los drogadictos, se brinda ayuda escolar después del horario de clases de modo que los niños no queden librados a sí mismos. La creación del vicariato subraya la importancia estratégica que el arzobispo les atribuye a las tareas pastorales en esta zona.

Cada vez que llega a los suburbios, Jorge asiste al nacimiento de una nueva iniciativa. Cuando se baja del trencito urbano y a paso lento se dirige hacia la parroquia de la Villa Ramón Carrillo, la última que ha creado, ve cómo lentamente surge junto a la iglesia un anexo destinado a convertirse en un lugar para reuniones, ayuda escolar, cursos de formación profesional e incluso una pequeña farmacia. Lo construye, bajo la guía de un maestro mayor de obras, un grupo de treinta universitarios que cada sábado se acercan desde el centro de la ciudad. “También colabora un grupo de muchachos judíos con su rabino”, explica la voluntaria Mechi Guinle. Contribuye con su camión incluso un vecino de la villa de fe evangélica. Los fieles de la comunidad evangélica, que cuentan con un templo y un par de casas de